

NIETZSCHE:” SOBRE VERDAD Y MENTIRA EN SENTIDO EXTRAMORAL”

Textos y Comentarios

1.SOBRE VERDAD Y MENTIRA EN SENTIDO EXTRAMORAL. INTRODUCCIÓN A LA LECTURA	2
2.SOBRE VERDAD Y MENTIRA EN SENTIDO EXTRAMORAL.....	7
2.1.IDEAS PRINCIPALES.....	7
2.2.CONTENIDO DEL TEXTO	8
3.-SOBRE VERDAD Y MENTIRA EN SENTIDO EXTRAMORAL.	12
3.1. TEXTO Y COMENTARIOS	12
BIBLIOGRAFÍA	29

“En algún apartado rincón del universo, desperdigado en innumerables sistemas solares centelleantes, hubo una vez un astro en el que animales astutos inventaron el conocer. Fue el minuto más soberbio y más mentiroso de la "historia universal": pero, a fin de cuentas, sólo un minuto. Después de respirar la naturaleza unas pocas veces, el astro se entumeció y los animales astutos tuvieron que perecer. — Alguien podría inventar una fábula como ésta y, sin embargo, no habría ilustrado suficientemente cuan lamentable, cuan sombrío y caduco, cuan inútil y arbitrario es el aspecto que tiene el intelecto humano dentro de la naturaleza; hubo eternidades en las que no existió; cuando de nuevo se haya acabado, no habrá sucedido nada. Pues no hay para ese intelecto ninguna misión ulterior que conduzca más allá de la vida humana. No es sino humano y solamente su poseedor y progenitor lo toma tan patéticamente como si en él se moviesen los goznes del mundo. Pero si pudiéramos comunicarnos con un mosquito llegaríamos a saber que también navega por el aire con ese pathos y siente que en él se halla el centro volante de este mundo. No hay nada en la naturaleza, por despreciable e insignificante que sea, que no se hinche inmediatamente como una bota con un mínimo soplo de aquella fuerza del conocimiento; y del mismo modo que cualquier mozo de cuerda quiere tener sus admiradores, el más orgulloso de los hombres, el filósofo, es totalmente de la opinión de que, desde todas partes, los ojos del universo están dirigidos telescópicamente a sus obras y a sus pensamientos” (Nietzsche)

Eugenio Molera

1.-SOBRE VERDAD Y MENTIRA EN SENTIDO EXTRAMORAL. INTRODUCCIÓN A LA LECTURA

Nietzsche comienza el texto presentando una fábula mediante la cual pretende ironizar sobre la excesiva valoración que la tradición occidental ha otorgado al intelecto, del cual el hombre se siente tan orgulloso. En realidad, el intelecto no es nada sublime ni divino, sino un simple producto natural, un instrumento al servicio de la vida, equivalente a los órganos de los que vale cualquier animal para defenderse, y tan débil como el sujeto que dispone de él. Nietzsche rechaza expresamente cualquier posibilidad de un trasmundo intelectual, de ideas, que constituya la finalidad de la vida humana. El intelecto no guarda relación alguna con la verdad y la mentira, su misión no es «conocer la verdad», [de ahí el título del texto] como creyeron siempre los filósofos, sino «engañar», «crear ficciones, ilusiones», que permitan al hombre sobrevivir, tanto frente a otros seres como ante sí mismo, haciéndole soportable la existencia, «ilusionándole» con sueños, que le permitan aguantarla.

Si el intelecto hubiese sido concedido al hombre para conocer la terrible verdad de la vida, le habría hecho huir de ella lo más rápidamente posible, como le sucedió al hijo de Lessing [este crítico y dramaturgo alemán (1729-81), al morir su hijo recién nacido, dijo que debía de ser muy inteligente, porque, nada más ver lo amarga que era la vida, había escapado de ella]. El ser humano se encuentra profundamente sumergido en ilusiones y ensueños, pues sus sensaciones son simplemente estímulos que no le conducen en ningún caso a la verdad y durante toda su vida, el hombre se deja engañar por la noche por sus propios sueños. Y, Nietzsche señala [anticipándose a Freud] que el intelecto tampoco le sirve al hombre para conocerse a sí mismo: más bien le oculta el fondo inconsciente, bárbaro y cruel que en él se encierra. El intelecto está hecho, más bien, para engañarnos sobre el valor de la existencia y para «fingir»: es un arma que sustituye al camuflaje, los colmillos, los cuernos, etc., que utilizan otros animales en su lucha por la vida.

Entonces, el problema es: ¿por qué valora el ser humano la verdad? ¿Qué sentido tiene esta? El intelecto es un instrumento de fingimiento, útil para la supervivencia; pero la lucha por la vida conduce a una «guerra de todos contra todos», en la que nadie está seguro y que hace imposible la sociedad. Por eso, para vivir en sociedad se hace necesario un pacto, un tratado de paz, mediante el cual una sociedad determinada establece qué se considera dentro de ella «verdadero» o «falso». A partir de aquí, será «verdadero» lo que se ajuste al uso establecido de las palabras y resulte útil para la vida, y «falso», aquello que

no se atenga a ese uso y se muestre perjudicial para ella. No es la mentira, sino el ser perjudicado, lo que molesta a los hombres y no es la verdad en sí lo que interesa a los hombres sino las consecuencias agradables de la verdad. La verdad es, pues, una interpretación, una perspectiva lingüística, compartida por todos los miembros de una sociedad, al resultarles útil para mantener la vida. [Nietzsche ofrece una teoría perspectivista de la verdad, inspirada en el relativismo de los sofistas y en la teoría del contrato social propuesta por Hobbes.]

Las verdades, por tanto, son «ilusiones», convenciones, que se ha olvidado que lo son. Nietzsche rechaza la teoría de la verdad como correspondencia: nuestro conocimiento no se corresponde con ninguna realidad exterior.

En sí mismas, las palabras son «tautologías», es decir, no aportan ningún conocimiento sobre el mundo. Al igual que las figuras creadas en la arena por la vibración del sonido (descubiertas por el físico alemán E. Chladni), las palabras son simples transcripciones sonoras, metáforas, de los impulsos nerviosos causados en nuestras mentes por un agente exterior, sobre cuyo verdadero «ser en sí» o «esencia» no tenemos ni la más remota idea. El modo en que se elabora el lenguaje nos lleva a hacer extrapolaciones arbitrarias, como, por ejemplo, la de considerar el árbol como algo masculino y la planta como femenina. Prueba de ellos es que los lenguajes de las distintas culturas son completamente diferentes, porque estas interpretan las intuiciones que recibimos del mundo con palabras totalmente distintas, según convenga para sus necesidades vitales. [La referencia a la teoría del conocimiento kantiana es evidente, y, aunque las conclusiones son opuestas, porque Nietzsche niega la posibilidad de la verdad, de la ciencia (en términos kantianos), se basa en la distinción que propuso Kant entre la «cosa en sí», que no podemos conocer, y los fenómenos sensibles, que es lo que efectivamente conocemos.]

Nietzsche rechaza cualquier teoría realista de los conceptos universales [como pueden ser las ideas de Platón]: en la naturaleza solo existen seres individuales, y la formación de los conceptos se realiza cuando el intelecto suprime arbitrariamente las diferencias entre ellos, para realizar determinadas clasificaciones que resultan útiles para la vida. Pero es completamente erróneo pensar que ese esquema, así obtenido, corresponde a algún arquetipo o modelo universal, existente por sí mismo (por ejemplo, la «hoja», la «honestidad», etc.). En la naturaleza, no hay ni conceptos ni formas universales: las estructuras gramaticales que emplea una cultura son completamente artificiales, «antropomórficas», y no nos permiten captar la realidad. La verdad, por consiguiente, no es sino el conjunto de metáforas, metonimias, antropomorfismos, que utiliza un grupo

humano para aludir a las relaciones que mantienen sus miembros entre sí, y todos ellos con la naturaleza. Debido a su uso prolongado, con el tiempo se olvida el origen de esas metáforas, y parece como si esas categorías gramaticales no se hubiesen «inventado», como si existieran por sí mismas, independiente del hombre.

El paso clave en el cambio de la perspectiva humana sobre la realidad, de lo particular a lo universal, se produce cuando este ser racional, tras olvidar su carácter metafórico, ilusorio, se vuelve hacia los conceptos y rechaza las intuiciones, las impresiones sensibles, por su individualidad, su irreductibilidad. A partir de ahora, el hombre se define frente a los animales como el ser racional capaz de manejar conceptos. Sólo ese andamiaje petrificado de esquemas lingüísticos y conceptuales, que se parece a un columbarium [edificio funerario romano de pequeños nichos en los que se depositaban las urnas que contenían las cenizas de los difuntos], a una «catedral» de conceptos, a una «pirámide» de palabras, permite clasificar y organizar la realidad, «ordenándola» en géneros y especies («castas»).

Lo primario, lo real, son, pues, las intuiciones; pero el uso contante de determinados términos lingüísticos hace que se invierta la perspectiva, y se pase a considerar que la «verdad» es precisamente ese rígido entramado de conceptos. Los filósofos y científicos consideran «verdadero» aquello que se ajusta a las clasificaciones y leyes del sistema que han creado, y «falso», todo lo que escapa a él. No tiene en cuenta que existen tantas interpretaciones de la realidad como culturas, y que cada una interpreta sus intuiciones de manera diferente, según le resulte más útil para dominar la vida. De esto concluye Nietzsche que la «verdad» sólo existe en tanto que depende de los hombres [la referencia a Protágoras es evidente: el hombre como medida de todas las cosas.] La verdad no es, pues, absoluta, sino relativa, pues no accede a las cosas mismas.

Lo admirable no es que el ser humano trate de indagar la «verdad», sino más bien, su capacidad estética, su poder artísticamente creador, que le permite crear ese complejo entramado conceptual para enfrentarse con éxito al devenir incesante de la vida. Esa construcción intelectual depende única y exclusivamente de él, del poder creador de su mente: si fuese consciente de ello, quizá perdería seguridad a la hora de enfrentarse con la vida; por eso «olvida» el origen puramente metafórico de los conceptos, y cree firmemente en su «verdad». Pero, considerado en sí mismo, el universo conceptual creado por la mente equivale a los artificios que utilizan el insecto o el pájaro para percibir el mundo, de manera que no tiene sentido plantearse cuál de esos mundos del hombre, el del insecto o el del pájaro nos da una percepción de la realidad «más correcta». [La afirmación del perspectivismo y del relativismo no puede ser más clara: no existe la «percepción

correcta» que permita decidir qué percepción del mundo es más correcta.] Nietzsche se niega a establecer cualquier relación causal entre los fenómenos (palabra que se resiste a usar precisamente por esta razón) y las cosas. Ni siquiera se puede asegurar cuál es la procedencia de las sensaciones [Nietzsche está utilizando el mismo argumento que Hume contra la causalidad], ni si su traducción en imágenes es necesariamente así, aunque se haya producido infinitas veces del mismo modo por medio de la transmisión hereditaria a través de muchas generaciones de hombres.

Nuestro intelecto se muestra incapaz de conocer las «verdaderas» leyes de la naturaleza, pues sólo conocemos los efectos de las supuestas leyes de la naturaleza. Las leyes de la naturaleza se basan en sumas de relaciones entre el espacio, el tiempo y ciertos números; pero todas esas representaciones las produce el intelecto, igual que produce una araña su tela, trazando un «red conceptual» con la que atrapa la realidad.

[Nótese que aquí Nietzsche, como ya había hecho Kant, si bien en otro sentido, también considera que espacio y tiempo son aportaciones del sujeto. Pero Nietzsche lleva al límite las tesis de Kant: nuestra mente sólo conoce de las cosas lo que ella misma pone en ellas; es decir, la trama de conceptos con la que procura dominar el flujo constante de los fenómenos.] La regularidad que descubrimos en las órbitas de los astros y en los procesos químicos y que tanto respeto nos infunde, no es en el fondo más que infundirnos respeto a nosotros mismos.

Igual que las abejas construyen sus celdas, la filosofía y la ciencia construyen el entramado de categorías con las que clasifican el mundo, erigiendo así el «edificio del conocimiento», que renuevan y perfeccionan constantemente, para incluir dentro de él todo lo existente. De este modo, aseguran la vida del hombre frente a toda incertidumbre, anclándola en una supuesta «verdad científica». Pero el impulso creador de metáforas que caracteriza al hombre no se agota en la forja de los conceptos científicos, sino que también se expresa a través del mito y el arte. Aquí, la creatividad humana rompe con todos los rígidos esquemas conceptuales y maneja el lenguaje a su antojo, creando como afirmaba Pascal [(1623-1662) matemático, físico y filósofo francés] un mundo fantástico, semejante al de los sueños. [El arte es capaz de provocar una duda tan fuerte en el hombre racional como la de hacerle creer que lo real es sueño o al revés, tal y como expone Descartes o muestra Calderón de la Barca en su teatro.]

Tanto la ciencia como el mito y el arte son productos metafóricos, invenciones o ilusiones creadas por la mente humana para dominar la vida, pero mientras los fríos conceptos científicos paralizan la vida, deteniéndola, las fábulas mitológicas o las metáforas poéticas

se apegan más a la intuición, al devenir vital y son más «bellas». Por eso, «hacen soñar» al hombre, es decir, liberan su espíritu: gracias a ellas, consigue escapar de la esclavitud que para él supone la ciencia, celebrando esa libertad con las «Saturnales» [fiestas carnales celebradas en la antigua Roma en honor de Saturno, en diciembre, en las que las clases sociales invertían sus papeles ordinarios: los esclavos mandaban, los amos obedecían] De ahí que un pueblo «míticamente excitado» como el de Atenas en la época de Pisístrato [tirano (600-527 a.C.), jefe del partido que representaba a los campesinos pobres] se creyese ver ninfas, a Zeus en forma de toro o a la misma diosa Atenea, igual que nosotros confiamos hoy día en nuestros conocimientos científicos.

El maravilloso mundo de bellas apariencias [apolíneas] que había creado le permitía al hombre griego conjurar el carácter inseguro y terrible [dionisiaco] de la existencia.

Existen, según Nietzsche, dos tipos humanos: el «hombre racional» (filósofo, científico) y el «hombre intuitivo» (poeta, artista, músico). Los dos se dan en la historia, aunque predominando uno u otro. Ambos se enfrentan a la vida, con su carácter peligroso [dionisiaco], tratando de comprenderla y dominarla, pero, mientras el hombre racional utiliza la previsión y la regularidad que le proporcionan los conceptos abstractos, el hombre intuitivo se vale del arte, disfrazando la vida de bellas apariencias. Cuando domina este último, como sucedió en la Grecia clásica, se crea una cultura en la que todos los aspectos de la vida expresan una sublime libertad y belleza. Ambos sufren, asimismo, ante el horror de la vida, pero mientras el hombre intuitivo expresa su dolor abiertamente, a través del arte, el hombre racional (representado en la Antigüedad clásica por el sabio estoico) se enfrenta al destino adoptando una máscara de autocontrol, de fría calma. Por esta razón, el mundo griego, que supo mantener el equilibrio entre ambos tipos humanos, alcanzó un grado de perfección realmente sublime.

2.-SOBRE VERDAD Y MENTIRA EN SENTIDO EXTRAMORAL

2.1. IDEAS PRINCIPALES

- *Influencia de Heráclito: la realidad es un cambio incesante. Los sentidos no engañan al mostrar una realidad cambiante.*
- *La razón, para poder trabajar necesita fijar ese cambio continuo y eso lo hace inventando metáforas, a través del lenguaje, las cuales luego se convierten en conceptos.*
- *Mediante los conceptos podemos detener esa realidad cambiante.*
- *La razón necesita crear esos conceptos para poder hacer comprensible y pensable el mundo.*
- *No son los sentidos la causa del error sino la razón.*
- *Postura nominalista según la cual el conocimiento sigue el siguiente proceso:*
 - *Al principio sólo existen las sensaciones (cada una es única).*
 - *Estas sensaciones producen en nuestra mente ciertas imágenes.*
 - *Fijamos esas imágenes creando conceptos.*
 - *Un pacto obliga a usar los mismos conceptos.*
- *El instrumento mediante el cual la razón fija la realidad es el lenguaje. Mediante las palabras damos expresión a esos conceptos que ha creado la razón.*
- *El lenguaje hace que creamos en la existencia de causas.*
- *El lenguaje coloca sujetos donde no hay más que cambio continuo y así creemos en la realidad del «yo», el «alma» o «Dios».*
- *El lenguaje deforma la realidad.*
- *Los científicos y filósofos han inventado un mundo ficticio de conceptos fijos y han olvidado que ese mundo es inventado.*
- *La historia de la filosofía es la historia de un error.*
- *Es falso que la filosofía y la ciencia estén orientadas por la voluntad de verdad: la verdad de la filosofía y de la ciencia es una ficción.*
- *Esta verdad procede del perspectivismo. Conocer no es más que interpretar los fenómenos: el mundo de las apariencias puede ser interpretado de muchos modos. Interpretar depende siempre del punto de vista.*
- *Si los conceptos no permiten conocer la realidad ¿cómo podemos hablar de ella? A través del lenguaje metafórico propio del arte.*
- *Nos alejamos del dogmatismo y de una única verdad posible.*
- *En el arte la metáfora es metáfora, no un único punto de vista.*

2.2.-CONTENIDO DEL TEXTO.

1. Fábula del supuesto mundo en el que ciertos animales inventan el conocimiento.

- Al final estos seres desaparecen. Su inteligencia no les sirvió para sobrevivir.
- Nuestra inteligencia está basada en una falsa creencia.
- Es falso que podamos conocer sobre las cosas.
- El problema del hombre es que se cree un ser especial.

2. El conocimiento es el recurso que utiliza el ser más débil para subsistir.

- Mediante el conocimiento este ser se considera a sí mismo como algo especial.
- La inteligencia y el conocimiento producen una visión engañosa de la vida.

3. La inteligencia la hemos inventado los seres humanos para compensar nuestra debilidad biológica.

- El ser humano ha de fingir para sobrevivir, ha de mentir.
- La mentira es nuestro medio de subsistencia.
- Aquí la mentira y la verdad se distinguen de su sentido moral.
- Mentira en sentido extramoral significa que el ser humano está condicionado por su modo de ver el mundo. Esto está determinado por su constitución física.
- Por no poder conocer, el ser humano no puede conocerse ni a sí mismo. «¡Qué sabe de sí el hombre!».
- Pero este desconocimiento de sí mismo beneficia al ser gregario pues le impide conocer el auténtico carácter de su naturaleza. (En el fondo el hombre es un ser cruel y malvado. El hombre gregario, el hombre del rebaño, no quiere conocer esta verdad).
- El salvaje feliz no existe. El hombre no es bueno por naturaleza.

4. El individuo desea vivir en sociedad «por necesidad y aburrimiento» y para conseguir este objetivo utiliza la inteligencia.

- Mediante la inteligencia, los hombres establecen un pacto de conveniencia. Un tratado de paz. Esto lo hace para evitar la guerra de todos contra todos.
- Pero este pacto también marca de modo convencional lo que es verdad.
- A partir de ahora será la verdad aquello que quede legitimado por el lenguaje.

- El lenguaje es el que establece la verdad social. El que no utiliza las palabras de acuerdo con las normas establecidas será catalogado de mentiroso.
- La verdad como correspondencia con la realidad es una convención establecida para conocer la realidad.

5. El lenguaje es una convención que deforma y esconde la auténtica realidad.

- Pero nos olvidamos de aquel pacto y pensamos que las palabras y las cosas coinciden.
- Una prueba de que el lenguaje no coincide con la realidad la encontramos en el proceso de formación de las palabras:

- a) El ser humano entra en contacto (mediante los sentidos) con la realidad cambiante.
- b) Estos estímulos crean en nuestra mente una imagen que pretende ser copia.
- c) Intentamos transmitir esa imagen mental mediante un sonido articulado: hay una primera metáfora (imagen) y una segunda (palabra).

Realidad cambiante à Estímulo nervioso à imagen à Palabra

- Estos pasos intermedios deforman la experiencia originaria.
- El lenguaje transforma la realidad originaria y la expresa de un modo metafórico.
- Ejemplos que contradicen la doctrina de la verdad como correspondencia:
 - Los adjetivos subjetivos y cambiantes (¿la piedra es dura?).
 - Los géneros arbitrarios (¿Un árbol es masculino?).
 - Los sustantivos inexactos y ambiguos (¿La serpiente serpentea?).
 - Los diferentes idiomas (hay distintos términos para un mismo concepto).

6,7. La forma de superar el problema es un vocabulario infinito donde cada palabra indique una experiencia. Pero esto es imposible.

- El problema está en que con una sola palabra nos referimos a un conjunto amplio de cosas.
- Según esto, no existiría una referencia de los conceptos morales (honradez, por ejemplo).
- Se reivindica lo individual y lo diferente porque es lo real, aunque resulte inaccesible para el lenguaje.
- Esta crítica también afecta al propio Nietzsche, ya que está usando el lenguaje para criticarlo.

8. ¿Qué es la verdad? Una suma de relaciones humanas que después de un prolongado uso, a un pueblo le parecen fijas, canónicas, obligatorias (es una ilusión).

- Se hace hincapié en las distinciones entre sentido moral de la verdad y sentido extramoral de la misma. Éste último es el que más interesa ya que nos muestra la radical falsedad que existe en todo lenguaje.

- Los seres humanos nos distinguimos de los animales en que, partiendo de nuestras impresiones intuitivas originarias, somos capaces de construir sobre ellas todo un universo ficticio de conceptos que utilizamos para poder comunicarnos y convivir en sociedad.

- Sin embargo, no se desprecia al hombre sino que se le admira por la capacidad de levantar un edificio tan complejo como es el lenguaje.

9. Los seres humanos sólo podemos vivir seguros en la realidad deformándola, y aún más, olvidando que hemos enmascarado la auténtica realidad con metáforas.

- ¿Cuál es la percepción correcta de todas las que hay? Todas, ya que cada una depende de una perspectiva.

- ¿Existe una percepción correcta? Toda percepción es una interpretación.

- Ni siquiera la percepción sensorial nos muestra la auténtica realidad; es una interpretación.

10. La auténtica realidad resulta algo radicalmente inaccesible para el ser humano.

- Frente a esta postura están los que afirman la verdad de la ciencia, pero ¿qué son las leyes naturales? No son regularidades sino el modo en que nosotros percibimos la naturaleza; son interpretaciones nuestras.

11. La ciencia supone un paso más en el alejamiento de la realidad.

- La ciencia es un entramado de relaciones ficticias entre conceptos.

- La verdad de la ciencia es una entre otras, pero se erige como la única.

12. El ser humano es un constructor de metáforas por naturaleza o, más bien, por una necesidad natural y vital, puesto que sin las metáforas que son

comunes al lenguaje y a la ciencia no habría podido subsistir.

- Este impulso de crear metáforas no se agota con el lenguaje y la ciencia, sino que encuentra un nuevo campo en el arte.
- El arte trastoca las metáforas de la ciencia y crea otras nuevas.
- Tiene en común con los sueños su poder trasgresor respecto a los conceptos.

13. El hombre tiene una inevitable tendencia a dejarse engañar y el arte supone llevar al último extremo ese afán por dejarse engañar.

- El intelecto en el arte es libre, no actúa como siervo (como ocurre en el lenguaje y en la ciencia) que tenga que amoldarse a unas convenciones establecidas.
- Gracias al arte, a inteligencia pasa a actuar como señor.
- De este modo se introduce la distinción entre hombre racional y hombre intuitivo.

14. Características del hombre racional y el hombre intuitivo:

a) *Hombre racional: precisión, prudencia y regularidad.*

b) *Hombre intuitivo: es como un niño que juega con las intuiciones y los conceptos moldeándolos a su voluntad y creando nuevas metáforas. Domina la vida porque la vive y la siente más intensamente.*

- *El hombre racional es identificado con el estoico, que es el culmen del fingimiento, pues intenta engañar sus propios sentimientos.*

3.-SOBRE VERDAD Y MENTIRA EN SENTIDO EXTRAMORAL.

3.1. TEXTO Y COMENTARIOS

Editorial Diálogo

Traducción. Joan B. Llinares.

Comentarios: Francesc Llorens i Cerdà

1

En algún apartado rincón del universo, desperdigado en innumerables sistemas solares centelleantes, hubo una vez un astro en el que animales astutos inventaron el conocer. Fue el minuto más soberbio y más mentiroso de la "historia universal": pero, a fin de cuentas, sólo un minuto. Después de respirar la naturaleza unas pocas veces, el astro se entumeció y los animales astutos tuvieron que perecer. — Alguien podría inventar una fábula como ésta y, sin embargo, no habría ilustrado suficientemente cuan lamentable, cuan sombrío y caduco, cuan inútil y arbitrario es el aspecto que tiene el intelecto humano dentro de la naturaleza; hubo eternidades en las que no existió; cuando de nuevo se haya acabado, no habrá sucedido nada. Pues no hay para ese intelecto ninguna misión ulterior que conduzca más allá de la vida humana. No es sino humano y solamente su poseedor y progenitor lo toma tan patéticamente como si en él se moviesen los goznes del mundo. Pero si pudiéramos comunicarnos con un mosquito llegaríamos a saber que también navega por el aire con ese pathos y siente que en él se halla el centro volante de este mundo. No hay nada en la naturaleza, por despreciable e insignificante que sea, que no se hinche inmediatamente como una bota con un mínimo soplo de aquella fuerza del conocimiento; y del mismo modo que cualquier mozo de cuerda quiere tener sus admiradores, el más orgulloso de los hombres, el filósofo, es totalmente de la opinión de que, desde todas partes, los ojos del universo están dirigidos telescópicamente a sus obras y a sus pensamientos.

Es curioso que esto lo haga el intelecto, que precisamente ha sido añadido a los seres más desdichados, delicados y efímeros sólo como un recurso para retenerlos un minuto en la existencia; de la cual, por el contrario, sin ese añadido tendrían todos los motivos para huir tan rápidamente como el hijo de Lessing [que murió a los dos días de nacer]. Esa soberbia, unida al conocimiento y a la sensación, al poner niebla cegadora

sobre los ojos y los sentidos de los hombres, los engaña sobre el valor de la existencia, pues lleva en ella la más adulatora valoración sobre el conocimiento mismo. Su efecto más general es el engaño —aunque también los efectos más particulares llevan consigo algo de idéntico carácter.

[Utilizando un lenguaje propio de la fábula, y más cercano a la literatura que a la teoría filosófica (esto no es casual en Nietzsche), el autor describe un mundo, el nuestro, en el que sus habitantes, los humanos, inventaron un día el conocimiento. Nietzsche nos hará ver mediante esta narración que la creencia en la verdad y en el carácter primigenio o prístino del conocimiento es falsa: un mero artilugio para hacernos creer que somos el centro de la creación. El conocimiento depende del lenguaje, y éste es un invento humano. Cualquiera que construyera uno (un simple mosquito) creería poseer también la perfección del conocer. De entre todos los hombres, el filósofo es el más orgulloso, pues es quien cree con más vehemencia en esta ficción. Aquí se intuyen ya algunas de las constantes que Nietzsche va a mantener a lo largo de este escrito: a) la verdad no existe, no es más que una ficción; b) el conocimiento es en realidad un error motivado por el orgullo humano, una falacia de un intelecto que se cree superior; c) consecuentemente, la historia de la filosofía es la historia de ese error.]

El intelecto, como un medio para la conservación del individuo, desarrolla sus fuerzas capitales en la ficción; pues ésta es el medio por el cual se conservan los individuos más débiles y menos robustos, como aquellos a los que no se les ha concedido entablar la lucha por la existencia con cuernos o con la afilada dentadura de los animales carnívoros. Este arte de la ficción llega a su cima en el ser humano: aquí el engaño, la adulación, la mentira y el fraude, las habladurías, la hipocresía, el vivir de lustres heredados, el enmascaramiento, el convencionalismo encubridor, el teatro ante los demás y ante uno mismo, en una palabra, el revoloteo incesante en torno a la llama de la vanidad es hasta tal punto la regla y la ley, que casi no hay nada más inconcebible que el modo en el que haya podido introducirse entre los hombres un impulso sincero y puro hacia la verdad. Están profundamente sumergidos en ilusiones y ensueños, su ojo se desliza tan sólo sobre la superficie de las cosas y ve "formas", su sensación no conduce por ninguna parte a la verdad, sino que se contenta con recibir estímulos y, por así decirlo, jugar un juego de tanteo sobre el dorso de las cosas. Además, durante toda una vida el hombre se deja engañar por la noche en el sueño sin que su sentimiento moral

haya tratado nunca de impedirlo: mientras parece ser que hay hombres que, a fuerza de voluntad, han eliminado los ronquidos. En realidad, ¡qué sabe de sí mismo el hombre! ¿Sería capaz de percibirse por completo, aunque sólo fuese por una vez, tendido como en una vitrina iluminada? ¡Acaso no le oculta la naturaleza la mayor parte de las cosas, incluso sobre su propio cuerpo, para así, al margen de las circunvoluciones de los intestinos, del rápido flujo de las corrientes sanguíneas y de los intrincados estremecimientos de sus fibras, recluirle y encerrarle en una conciencia orgullosa y embaucadora! Ella tiró la llave: y ¡ay de la funesta curiosidad que, por una vez, pudiese mirar desde el cuarto de la conciencia hacia fuera y hacia abajo a través de una hendidura, y entonces barruntase que el ser humano descansa sobre lo despiadado, lo codicioso, lo insaciable y lo asesino, en la indiferencia de su ignorancia y que, por así decirlo, está pendiente en sueños del lomo de un tigre! ¡De dónde procede en el mundo entero, en esta constelación, el impulso hacia la verdad!

[El conocimiento, el saber, y, tanto más, la filosofía son las ficciones que protegen al hombre, la especie más débil precisamente por necesitar de ellas. Pero la forma de este conocimiento, los conceptos, el lenguaje, no son más que descripciones “superficiales” que derivan de las impresiones sensibles o estímulos externos. La naturaleza no nos impacta originariamente con palabras, sino con un torrente de sensaciones múltiples. Nietzsche contrapone aquí implícitamente su biologismo y su “sensualismo” (afirmación de la superioridad de lo biológico y lo sensorial sobre lo lógico y lo intelectual) al racionalismo propio del pensamiento occidental desde Parménides y Platón. Si fuéramos capaces de vernos por un momento así, como simples seres vivos, y no como orgullosos creadores de conceptos, nos daríamos cuenta de que, en realidad, no sabemos nada sobre nosotros mismos. Tan solo creemos que sabemos (ficción). De hecho, ni siquiera conocemos nuestro propio cuerpo y sus reacciones. Adicionalmente, Nietzsche utiliza como ejemplos de que vivimos constantemente dentro de ficciones los vicios y mentiras propios de nuestro comportamiento social.]

En la medida en que el individuo quiera conservarse frente a otros individuos tendría que utilizar el intelecto, en un estado natural de las cosas, casi siempre sólo para la ficción: pero, ya que el hombre quiere existir, a la vez por necesidad y por aburrimiento, de una forma social y gregaria, necesita un tratado de paz y, conforme a ello, procura que desaparezca de su mundo al menos el más brutal bellum omnium

contra omnes. Este tratado de paz, sin embargo, conlleva algo que tiene aspecto de ser el primer paso en la consecución de ese enigmático impulso hacia la verdad. Porque en este momento se fija lo que desde entonces debe ser "verdad", esto es, se inventa una designación de las cosas uniformemente válida y obligatoria, y la legislación del lenguaje proporciona también las primeras leyes de la verdad: pues, aquí se origina por primera vez el contraste de verdad y mentira: el mentiroso utiliza las designaciones válidas, las palabras, para hacer aparecer lo irreal como real; dice, por ejemplo, yo soy rico, cuando la designación correcta para su estado sería justamente "pobre". Abusa de las convenciones consolidadas efectuando cambios arbitrarios o incluso inversiones de los nombres. Si hace esto de manera interesada y que además conlleve perjuicios, la sociedad no confiará más en él y, de ese modo, le excluirá de ella. Por eso los hombres no huyen tanto de ser engañados como de ser perjudicados por engaños. En el fondo, en esta fase tampoco detestan el fraude, sino las consecuencias graves, odiosas, de ciertos géneros de fraudes. El hombre sólo quiere la verdad en análogo sentido limitado. Desea las consecuencias agradables de la verdad, aquellas que conservan la vida; es indiferente al conocimiento puro y carente de consecuencias, y está hostilmente predispuesto contra las verdades que puedan ser perjudiciales y destructivas. Y, además: ¿qué sucede con esas convenciones del lenguaje? ¿Son, quizá, productos del conocimiento, del sentido de la verdad: coinciden las designaciones y las cosas? ¿Es el lenguaje la expresión adecuada de todas las realidades?

[Párrafo muy importante. Nietzsche introduce explícitamente la cuestión del lenguaje. El lenguaje es una invención (no es algo, pues, "originario" en el sentido de propio del "estado natural de las cosas"), cuyo objeto es proteger a los hombres unos de otros y evitar la guerra de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*) que, según afirmaba Thomas Hobbes dos siglos antes, constituiría el estado propio de los hombres (estado de naturaleza) anterior a toda forma social. Nietzsche considera el lenguaje como un pacto, al que agrega el calificativo de gregario. El pacto gregario nos hace obedecer convenciones (las convenciones que impone el propio lenguaje a la realidad: básicamente, la distinción entre lo verdadero y lo falso, en sentido extramoral, y entre el bueno (el que dice la verdad, el que no miente) y el malo (el que no dice la verdad, el mentiroso), en sentido moral. De que las sociedades hayan hecho prevalecer la verdad sobre la mentira se deriva nuestra seguridad en que obramos correctamente cuando no mentimos, y por tanto, de que una sociedad así construida sería "agradable" y nos "conservaría" en tanto especie.

En esta visión convencionalista del lenguaje y la verdad (opuesta a la teoría de la verdad por correspondencia) se encierra la idea de que ambos conceptos señalan también límites que permiten excluir. Nietzsche se pregunta (en modo exclamativo, un tanto teatral), si ese lenguaje que ha sido delatado como ficción es apto para expresar la multiplicidad de “realidades” que conforman el mundo. Vuelve a apreciarse la influencia biologista (e incluso romántica) de nuestro autor, al denominar “impulso enigmático” a esa tendencia del hombre hacia la verdad.]

Sólo mediante el olvido puede el hombre, a tal efecto, llegar a figurarse alguna vez: que esté en posesión de una verdad en el grado que acabamos de designar. Si no quiere contentarse con la verdad en la forma de la tautología, es decir, con conchas vacías, ¿entonces trocará perpetuamente ilusiones por verdades? ¿Qué es una palabra? La reproducción en sonidos articulados de un estímulo nervioso. Pero, partiendo del estímulo nervioso inferir además una causa existente fuera de nosotros, es ya el resultado de un uso falso e injustificado del principio de razón. ¡Cómo nos sería lícito, si la verdad fuese lo único decisivo en la génesis del lenguaje, si el punto de vista de la certeza fuese también lo único decisivo en las designaciones, cómo, pues, nos sería lícito decir: la piedra es dura: como si además nos fuera conocido lo "duro" de otra manera y no únicamente como excitación totalmente subjetiva! Dividimos las cosas en géneros, designamos al árbol como masculino y a la planta como femenino: ¡qué extrapolaciones tan arbitrarias! ¡Qué lejos volamos por encima del canon de la certeza! Hablamos de una serpiente: la designación tan sólo atañe al retorcerse, podría, por tanto, atribuírsele también al gusano. ¡Qué delimitaciones tan arbitrarias, qué preferencias tan parciales, ora de esta, ora de aquella propiedad de una cosa! Los diferentes idiomas, reunidos y comparados, muestran que con las palabras no se llega jamás a la verdad ni a una expresión adecuada: pues, de lo contrario, no habría tantos. La "cosa en sí" (esto sería precisamente la verdad pura y sin consecuencias) también es para el creador del lenguaje totalmente inaprehensible y en absoluto merece sus esfuerzos. Éste designa tan sólo las relaciones de las cosas con los hombres y para su expresión recurre a las metáforas más atrevidas. ¡Un estímulo nervioso extrapolado en primer lugar en una imagen!, primera metáfora. ¡La imagen transformada de nuevo en un sonido articulado!, segunda metáfora. Y, cada vez, un salto total de esferas, adentrándose en otra completamente distinta y nueva. Podemos imaginarnos un hombre que sea totalmente sordo y que jamás haya tenido ninguna sensación del sonido ni de la música:

así como este hombre, por ejemplo, mira con asombro las figuras acústicas de Chladni en la arena, descubre sus causas en las vibraciones de la cuerda y entonces jurará que desde ese momento ha de saber a qué denominan los hombres el sonido, así nos sucede a todos nosotros con el lenguaje. Creemos saber algo de las cosas mismas cuando hablamos de árboles, colores, nieve y flores y no poseemos, sin embargo, más que metáforas de las cosas, que no corresponden en absoluto a las esencialidades originarias. Del mismo modo que el sonido toma el aspecto de figura de arena, así: la enigmática X de la cosa en sí se presenta, primero, como excitación nerviosa, luego como una imagen, finalmente como sonido articulado. En cualquier caso, por tanto, las cosas no ocurren lógicamente en la formación del lenguaje y todo el material en el que trabaja y con el cual trabaja y después construye el hombre de la verdad, el investigador, el filósofo, si no procede del país de Jauja, tampoco procede en ningún caso, de la esencia de las cosas.

[En este párrafo, uno de los más reiterados por los comentaristas, Nietzsche nos expone su visión genealógica del lenguaje. El lenguaje surge de un triple proceso de metaforización o desplazamiento de una realidad original: primero, el mundo se nos presenta como un conjunto de impresiones y estímulos nerviosos. Éstos son convertidos luego en imágenes (primera metáfora). Las imágenes se convierten en sonidos (segunda metáfora). Y, por último, los sonidos en palabras, en lenguaje. Pero el lenguaje sólo existe porque prescinde de aquellas experiencias individuales que constituían las impresiones nerviosas: se forma igualando lo no igual, prescindiendo de las diferencias de género y de especie. El lenguaje no traduce, sino que oculta la realidad originaria del mundo, la hipotética y enigmática X o cosa en sí. Y más aún: mediante el lenguaje confundimos extraordinariamente la naturaleza de la realidad, creyendo que en ésta existen cosas tales como lo masculino y lo femenino, lo bueno y lo malo, o la verdad y la mentira]

Pensemos un poco más sobre todo en la formación de los conceptos: toda palabra se convierte de manera inmediata en concepto en cuanto que, justamente, no ha de servirle a la vivencia originaria, única y por completo individualizada, a la que le debe su origen, por ejemplo, de recuerdo, sino que tiene que ser apropiada al mismo tiempo para innumerables vivencias más o menos similares, esto es, nunca idénticas hablando con rigor, así pues, ha de ser apropiada para casos claramente diferentes. Todo concepto se forma igualando lo no-igual. Del mismo modo que es cierto que una hoja nunca es totalmente igual a otra, asimismo es cierto que el concepto hoja se ha formado al

prescindir arbitrariamente de esas diferencias individuales, al olvidar lo diferenciante, y entonces provoca la representación, como si en la naturaleza, además de las hojas, hubiese algo que fuese la “hoja”, una especie de forma primordial, según la cual todas las hojas hubiesen sido tejidas, dibujadas, calibradas, coloreadas, onduladas, pintadas, pero por manos torpes, de modo que ningún ejemplar hubiese resultado correcto y fidedigno como copia fiel de la forma primordial. A un hombre le llamamos honrado: “¿Por qué ha obrado hoy tan honradamente?”, preguntamos. Nuestra respuesta suele ser como sigue: “Por su honradez”. ¡La honradez! Esto de nuevo quiere decir: la hoja es causa de las hojas. Ciertamente, no sabemos nada en absoluto de una cualidad esencial que se llame la honradez, pero sí de numerosas acciones individualizadas, por lo tanto, desiguales, que nosotros igualamos omitiendo lo desigual y las designamos entonces como acciones honradas; al final formulamos a partir de ellas una qualitas occulta con el nombre: la honradez.

[Las palabras deben servirnos, en su unicidad, para situaciones diversas y diferentes entre sí. No existe nada que se corresponda en la realidad con una “hoja” o con una “mesa”. Lo mismo sucede con los valores morales: no existe nada parecido a la “honradez” o la “bondad”. Todos estos conceptos ocultan las diferencias entre acciones individualizadas, a favor de denominaciones comunes que nos permiten “creer” que sabemos qué es la honradez, o el bien. Así pues, lo que con más vehemencia creemos saber es aquello que más ignoramos]

El no hacer caso de lo individual y lo real nos proporciona el concepto del mismo modo que también nos proporciona la forma, mientras que la naturaleza no conoce formas ni conceptos, ni tampoco, en consecuencia, géneros, sino solamente una X que es para nosotros inaccesible e indefinible. Pues también nuestra contraposición entre individuo y género es antropomórfica y no procede de la esencia de las cosas, aun cuando tampoco nos atrevemos a decir que no le corresponda: porque eso sería una afirmación dogmática y, como tal, tan indemostrable como su contraria.

[A la naturaleza le traen sin cuidado nuestras metáforas, nuestras denominaciones: no entiende de géneros, ni de conceptos. Todas nuestras descripciones del mundo, incluida la ciencia, son sólo proyecciones antropomórficas, es decir, proyecciones de propiedades que “suponemos” que están en las cosas sólo porque las hemos construido a

partir de ellas. Como dirá Nietzsche a continuación: esto es como asombrarse de haber encontrado tras un matorral algo que nosotros mismos habíamos puesto ahí]

¿Qué es la verdad? Un ejército móvil de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en una palabra, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas, adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, a un pueblo le parecen fijas, canónicas, obligatorias: las verdades son ilusiones de las que se han olvidado que lo son, metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su imagen y que ahora ya no se consideran como monedas, sino como metal. No sabemos todavía de dónde proviene el impulso hacia la verdad: pues, hasta ahora solamente hemos hablado de la obligación que la sociedad establece para existir, la de ser veraz, es decir, usar las metáforas usuales, así pues, dicho en términos morales, de la obligación de mentir según una convención fija, de mentir borreguilmente en un estilo obligatorio para todos. Ciertamente, el hombre se olvida entonces de que así es su situación; por lo tanto, miente inconscientemente de la manera que hemos indicado, siguiendo habituaciones seculares — y llega al sentimiento de la verdad precisamente por esta inconsciencia, justo por este olvido. En el sentimiento de estar obligado a designar una cosa como roja, otra como fría, una tercera como muda, se despierta un movimiento moral que se refiere a la verdad: a partir de la contraposición del mentiroso, en quien nadie confía y a quien todos excluyen, el hombre se demuestra a sí mismo lo venerable, lo fiable y provechoso de la verdad. En ese instante somete su obrar como ser racional al señorío de las abstracciones: ya no soporta ser arrastrado por las impresiones repentinas, por las intuiciones y, ante todo, generaliza todas esas impresiones en conceptos más descoloridos, más fríos, con el fin de que el carro de su vida y de su acción esté unido a ellos. Todo lo que distingue al hombre frente al animal depende de esa capacidad de volatilizar las metáforas intuitivas en un esquema, esto es, de disolver una imagen en un concepto; pues en el ámbito de esos esquemas es posible algo que nunca podría conseguirse bajo las primeras impresiones intuitivas: construir un orden piramidal por castas y grados, crear un mundo nuevo de leyes, privilegios, subordinaciones y delimitaciones, que ahora se contrapone al otro mundo intuitivo de las primeras impresiones como lo más firme, lo más universal, lo más conocido y lo más humano y, por ello, como lo regulador y lo imperativo. Mientras que toda metáfora de intuición es individual y carece de algo idéntico a ella, y, en consecuencia, sabe escaparse siempre de toda clasificación, el gran edificio de los

conceptos presenta la rígida regularidad de un columbarium romano e insufla en la lógica el rigor y la frialdad que son propios de las matemáticas. Quien está poseído por el hálito de esa frialdad apenas creará que también el concepto, óseo y octogonal como un dado y, como éste, versátil, no sea a fin de cuentas sino como el residuo de una metáfora y que la ilusión de la extrapolación artística de un estímulo nervioso en imágenes es, si no la madre, en todo caso la abuela de cada uno de los conceptos. Ahora bien, dentro de ese juego de dados de los conceptos se llama "verdad" — a usar cada dado tal y como está designado; contar exactamente sus puntos, formar clasificaciones correctas y no violar nunca el orden de las castas ni los turnos de las clases de jerarquía. Del mismo modo que los romanos y los etruscos dividían el cielo con rígidas líneas matemáticas y en un espacio así delimitado conjuraban a un dios como en un templum, así cada pueblo tiene sobre él un cielo conceptual similar, matemáticamente dividido, y entiende entonces como la exigencia de la verdad que todo Dios conceptual no sea buscado más que en su esfera. Ciertamente, aquí se debe admirar al hombre como un poderoso genio constructor, que sobre fundamentos movedizos y, por así decirlo, sobre agua que fluye, consigue levantar una catedral de conceptos infinitamente complicada; claro, para encontrar apoyo en tales fundamentos tiene que ser una construcción como de telarañas, tan fina que sea transportada por las olas, tan firme que no sea desgarrada por el viento. El hombre, como genio constructor, se eleva de tales modos muy por encima de la abeja: ésta construye con cera que recoge de la naturaleza, él con la materia mucho más fina de los conceptos que primero tiene que fabricar de sí mismo. Es aquí muy de admirar — si bien, de ningún modo por su impulso hacia la verdad, hacia el conocimiento puro de las cosas. Si alguien esconde una cosa detrás de un matorral, después la busca de nuevo exactamente allí y, además, la encuentra, en esa búsqueda y en ese hallazgo no hay, pues, mucho que alabar: sin embargo, esto es lo que sucede al buscar y al encontrar la "verdad" dentro de la jurisdicción de la razón. Si doy la definición de mamífero y luego, después de examinar un camello, digo: "Fíjate, un mamífero", no cabe duda de que con ello se ha traído a la luz una verdad, pero es de valor limitado, quiero decir que es antropomórfica de pies a cabeza, y no contiene ni un solo punto que sea "verdadero en sí", real y universalmente válido, prescindiendo del ser humano. El investigador de tales verdades tan sólo busca, en el fondo, la metamorfosis del mundo en los hombres; lucha por una comprensión del mundo como una cosa de especie humana y se consigue, en el mejor de los casos, el sentimiento de una asimilación. De modo similar a como el astrólogo considera las estrellas al servicio de los hombres y

en conexión con su felicidad y su desgracia, así considera un tal investigador al mundo entero cómo ligado a los hombres, como el eco infinitamente quebrado de un sonido primordial, el hombre, como la reproducción multiplicada de una imagen primordial, el hombre. Su procedimiento es: tomar al hombre como medida en todas las cosas, con lo cual, sin embargo, parte del error de creer que tiene esas cosas inmediatamente ante sí como objetos puros. Olvida, por lo tanto, las metáforas intuitivas originales en cuantas metáforas y las toma por las cosas mismas.

[Párrafo crucial: la Verdad no es una esencia auténtica y objetiva de las cosas, sino el conjunto arbitrario y ficticio de denominaciones que nosotros hemos introducido en la experiencia para organizarla, estructurarla y extrapolarla a cualquier situación. El origen de la verdad no es natural, sino literario: la verdad es un ejército móvil de metáforas y desplazamientos del sentido originario de la experiencia humana. Al imponerse el concepto de Verdad en la Grecia clásica, nuestra experiencia de la realidad quedó para siempre sometida al orden de los conceptos. Cada concepto en su lugar, y frente a su opuesto, como en un gran columbarium romano. Desde entonces, la Verdad es correlativa de y a la vez opuesta a la Mentira, a la que necesita para hacerse comprensible (el que dice la verdad queda separado del que miente). En el orden moral, la sociedad queda dividida en buenos y malos, las acciones en justas e injustas, y con estas divisiones artificiales los hombres han encontrado un modo de dominar su miedo a ser libres. Además, el trabajo magistral de la filosofía, refrendado luego por la religión, ha consistido en convencernos, a base de tapan el auténtico origen de nuestro lenguaje, de que la Razón humana es la capacidad suprema, pues a ella conviene el conocimiento de esos conceptos universales que nos hacen hombres y nos levantan frente a las bestias: la Razón aniquila a la experiencia individual, artística, espontánea, del artista, del hombre intuitivo, trágico. La Razón es universal porque contiene valores universales: esa es la gran mentira de la filósofo-momia. En realidad, la Razón no tiene otro aspecto de universalidad que el que le presta la gigantesca mentira del lenguaje, dirá Nietzsche]

Sólo mediante el olvido de ese primitivo mundo de metáforas, sólo mediante el endurecimiento y la petrificación de una masa de imágenes que brota imaginariamente en candente fluidez de la capacidad primordial de la fantasía humana, sólo mediante la invencible creencia en que este sol, esta ventana, esta mesa, sean una verdad en sí, en una palabra, gracias solamente a que el hombre se olvida de sí mismo como sujeto y, por

cierto, como sujeto artísticamente creador, vive con alguna calma, seguridad y consecuencia; si pudiera salir, aunque sólo fuese un instante, fuera de los muros de la cárcel de esa creencia, se acabaría enseguida su "autoconciencia". Ya le cuesta trabajo reconocer ante sí mismo que el insecto o el pájaro perciben otro mundo completamente diferente al del hombre y que la cuestión de cuál de las dos concepciones del mundo es más correcta carece totalmente de sentido, puesto que para ello tendría que medirse con el criterio de la percepción correcta, esto es, con un criterio del que no se dispone. De todos modos, sin embargo, la percepción correcta — que sería la expresión adecuada de un objeto en el sujeto — me parece un absurdo lleno de contradicciones: porque entre dos esferas absolutamente distintas como el sujeto y el objeto no hay ninguna causalidad, ninguna exactitud, ninguna expresión sino, a lo sumo, un comportamiento estético, quiero decir, una extrapolación indicativa, una traducción balbuciente a un lenguaje completamente extraño. Para lo cual se necesita, en cualquier caso, una esfera intermedia y una fuerza mediadora que libremente poetizen e inventen. La palabra fenómeno [Erscheinung] encierra muchas seducciones, por lo que hago todo lo posible para evitarla; porque no es verdadero que la esencia de las cosas se manifieste [erscheint] en el mundo empírico. Un pintor al que le faltaran las manos y que quisiera expresar por medio del canto la imagen que se le está formando revelará siempre en ese cambio de esferas todavía más de lo que el mundo empírico revela de la esencia de las cosas. Incluso la relación de un estímulo nervioso con la imagen producida no es, en sí, necesaria; pero cuando la misma imagen se ha producido millones de veces y se ha transmitido hereditariamente a través de muchas generaciones de seres humanos, manifestándose finalmente en toda la humanidad cada vez como consecuencia del mismo motivo, entonces acaba por tener el mismo significado para el hombre que si fuese la única imagen necesaria, como si esa relación de la excitación nerviosa originaria con la imagen producida fuese una estricta relación de causalidad; al igual que un sueño eternamente repetido sería captado por la sensación y juzgado como absolutamente real. No obstante, el endurecimiento y la petrificación de una metáfora no garantizan en modo alguno ni la necesidad ni la legitimación exclusivas de esa metáfora.

[El concepto de Verdad, el concepto absoluto (del que son correlato el resto de universales filosóficos: el Bien, la Belleza, la Razón, la Justicia, el Conocimiento) es fruto del olvido, dice Nietzsche. Del olvido de un mundo primitivo de experiencias individuales: el mundo de la tragedia y de los mitos, en el que las cosas, los hombres y los dioses

tomaban formas intercambiables, eran unas veces una cosa y otras veces otra diferente. El olvido de nuestro auténtico origen se ha producido por el endurecimiento y la petrificación de la gran metáfora del lenguaje: nuestros conceptos más importantes parecen portar desde siempre una carga natural: la carga de la representación. Se les ha supuesto isomórficos con respecto a la realidad, cuando no son más que desplazamientos de la misma. Pero ese olvido tiene un sentido profundo: necesitamos creer en los significados universales del lenguaje para protegernos unos de otros. Necesitamos saber que existe el bien y el mal, para sentirnos seguros en el lado de los buenos. Así, dice Nietzsche, sólo mediante ese olvido puede el hombre vivir con alguna calma y seguridad. Pero, advierte, el que una metáfora se haya endurecido por su uso no garantiza en modo alguno que sea necesaria, legítima, o verdadera]

Ciertamente, todo hombre que esté familiarizado con tales consideraciones ha sentido una profunda desconfianza hacia cualquier idealismo de esta especie, siempre que por una vez se hubiese convencido claramente de la consecuencia, omnipresencia e infalibilidad eternas de las leyes de la naturaleza; y ha sacado esta conclusión: aquí, todo aquello en lo que penetramos, en las alturas del mundo telescópico y en las profundidades del mundo microscópico, todo es tan seguro, tan elaborado, tan infinito, tan regular y sin defectos; la ciencia tendrá que cavar eternamente con éxitos en estos pozos y todo lo que encuentre estará en concordancia y no se contradirá. Qué poco se parece esto a un producto de la fantasía: pues, si lo fuese, tendría que dar lugar a que se adivinase en alguna parte la apariencia y la irrealidad. Pero, por otro lado, cabría decir: que si nosotros tuviésemos una sensación sensorial que para cada uno fuese de especie diferente, si nosotros mismos percibiésemos unas veces como un pájaro, otras como un gusano y otras como una planta, o si uno de nosotros viese el mismo estímulo como rojo, otro como azul e incluso un tercero lo escuchase como sonido, entonces nadie hablaría de tal regularidad de la naturaleza, sino que solamente la concebiría como una construcción altamente subjetiva. Tras lo cual: ¿qué es para nosotros, en suma, una ley de la naturaleza? No nos es conocida en sí, sino solamente en sus efectos, es decir, en sus relaciones con otras leyes de la naturaleza que, a su vez, sólo nos son conocidas como relaciones. Por consiguiente, todas estas relaciones no hacen más que remitirse continuamente unas a otras y, en su esencia, para nosotros son incomprensibles por completo; de ellas tan sólo conocemos en realidad lo que nosotros aportamos, el tiempo, el espacio, es decir, relaciones de sucesión y números. Pero todo lo maravilloso que

admiramos precisamente en las leyes de la naturaleza, aquello que reclama nuestra explicación y que sería capaz de seducirnos para que desconfiésemos del idealismo, justamente reside única y exclusivamente en el rigor matemático y en la inviolabilidad de las representaciones del tiempo y del espacio. No obstante, las producimos en nosotros y desde nosotros mismos con la misma necesidad con que la araña teje telarañas; si estamos obligados a concebir todas las cosas únicamente bajo esas formas, entonces deja de ser maravilloso que, hablando con propiedad, sólo concibamos en todas las cosas precisamente esas formas: pues todas ellas han de llevar en sí las leyes del número y el número es justamente lo más admirable en las cosas. Toda la regularidad que tanto respeto nos impone en las órbitas de los astros y en los procesos químicos coincide en el fondo con aquellas propiedades que nosotros aportamos a las cosas, de modo que, con ello, nos imponemos respeto a nosotros mismos. De esto resulta, en efecto, que esa artística creación de metáforas con la que comienza en nosotros toda sensación presupone ya esas formas, es decir, se realiza en ellas; sólo partiendo de la firme persistencia de estas formas primordiales se explica la posibilidad de cómo, posteriormente, debió de constituirse de nuevo, desde las metáforas mismas, el edificio de los conceptos. Pues éste es una imitación de las relaciones de tiempo, de espacio y de número sobre el suelo de las metáforas.

[Un párrafo dedicado al conocimiento científico: es de suponer que los conceptos científicos, las leyes de la naturaleza y, en suma, todo ese saber que “tanto respeto nos impone”, habrá de estar preso de la misma ficción que envuelve a todo lenguaje conceptual. En realidad, las propiedades de las cosas sólo se corresponden con las características que nosotros hemos introducido en ellas, y no con hechos objetivos. ¿Qué sabe una “masa” de su peso? ¿Qué sabe una “órbita” de su circularidad? Otra vez se hace presente el ejemplo del matorral: ¿nos asombraremos de que la realidad parezca “lógica” y “estructurada” si nosotros hemos inventado un sistema de representación lógico y estructurado para hacerla comprensible? Supongamos que tenemos una superficie de arena, de forma irregular. Ahora le aplicamos un molde hecho por nosotros en forma de celdas. Al levantar el molde, la arena queda perfectamente delimitada en áreas cuadradas, según la forma del molde. Entonces decimos que la arena está dispuesta ordenada y lógicamente. ¿Qué mérito hay en ello? Igualmente, las leyes de la naturaleza, según Nietzsche, no dicen “nada” de la auténtica realidad natural, sino sólo se relaciones introducidas ficticiamente por el hombre en la naturaleza. Si yo digo que la fuerza es igual

a la masa por la aceleración, ello no me enseña un ápice de qué cosa es la fuerza o la aceleración: sólo establece una relación entre estos conceptos utilizando un instrumento (la matemática) construido por el hombre precisamente para establecer relaciones: ¿deberé asombrarme, pues, si en el futuro, las fuerzas y las aceleraciones están ligadas entre sí?]

2

Como hemos visto, en el edificio de los conceptos trabaja originariamente el lenguaje, en épocas posteriores la ciencia. Y así como la abeja construye en las celdas y simultáneamente las llenas de miel, así también la ciencia trabaja sin cesar en ese gran columbarium de los conceptos, necrópolis de la intuición, construye siempre nuevas y más elevadas plantas, apuntala, limpia y renueva las celdas viejas y, sobre todo, se esfuerza en llenar ese andamiaje aupado hasta la desmesura y en ordenar dentro de él todo el mundo empírico, es decir, el mundo antropomórfico. Si ya el hombre que actúa ata su vida a la razón y sus conceptos para no ser arrastrado ni perderse a sí mismo, el investigador construye su cabaña junto a la torre de la ciencia para poder cooperar en su edificación y para encontrar él mismo protección bajo el baluarte ya existente. En efecto, necesita protección: pues hay poderes terribles que permanentemente le acometen ya que, en contra de la verdad científica, presentan "verdades" de especie completamente diferente con las más diversas etiquetas.

Ese impulso hacia la formación de metáforas, ese impulso fundamental del hombre que en ningún momento se puede eliminar porque con ello se eliminaría al hombre mismo, no está en verdad dominado ni apenas domado por el hecho de que con sus evanescentes productos, los conceptos, se construya un mundo nuevo, regular y rígido, que es como una fortaleza para él. Dicho impulso se busca para su actividad un campo nuevo y un cauce distinto y los encuentra en el mito y, de modo general, en el arte. Constantemente confunde las rúbricas y las celdas de los conceptos introduciendo nuevas extrapolaciones, metáforas y metonimias; constantemente muestra el deseo de configurar el mundo existente del hombre despierto haciéndolo tan multicolor, irregular, inconsecuente, inconexo, encantador y eternamente nuevo como lo es el mundo de los sueños. En sí, ciertamente, el hombre despierto tan sólo tiene claro que está despierto gracias al rígido y regular tejido conceptual y, justamente por eso, llega a la creencia de

que está soñando si, en alguna ocasión, ese tejido conceptual es desgarrado por el arte. Pascal tiene razón cuando afirma que, si todas las noches nos sobreviniese él mismo sueño, nos ocuparíamos de él exactamente tanto como de las cosas que vemos todos los días: "Si un artesano estuviese seguro de soñar todas las noches durante doce horas seguidas que era rey, yo creo — dice Pascal— que sería exactamente tan dichoso como un rey que soñase todas las noches durante doce horas que era artesano." La vigilia de un pueblo míticamente excitado, por ejemplo, la de los griegos más antiguos, es, de hecho, gracias al prodigio que constantemente se produce, tal y como el mito lo supone, más parecida al sueño que a la vigilia del pensador científicamente lúcido. Si cualquier árbol puede un día hablar como una ninfa o si dios bajo la apariencia de un toro puede raptar doncellas, si la misma diosa Atenea es vista de repente en compañía de Pisístrato recorriendo los mercados de Atenas en un hermoso carro de caballos —y esto el honrado ateniense lo creía—, entonces, en cada momento, como en los sueños, todo es posible y la naturaleza entera ronda al hombre como si ella solamente fuese la mascarada de los dioses que no se tomase sino a broma el engañar a los hombres en todas las figuras.

[El impulso, o pathos, hacia la formación de metáforas, el impulso hacia la construcción del lenguaje es algo inevitable. No se puede eliminar del hombre, porque entonces se eliminaría con ello al hombre mismo. Nietzsche no deja de maravillarse por el hecho de que una criatura tan insignificante y débil como el ser humano haya llegado a construir, con sus andamiajes conceptuales, un edificio tan magnífico como la cultura. Ahora bien, eso es una cosa, y otra muy distinta pretender que con ello se ha alcanzado la Verdad, en el conocimiento de la naturaleza, en la moral o en el destino del hombre. Nietzsche nos recuerda que el impulso hacia la construcción de metáforas puede canalizarse de distintos modos: los griegos, antes de que Parménides, Sócrates, Platón o Aristóteles impusieran el imperio de la Razón y los universales, creían que la naturaleza era cambiante, que los Dioses podían mezclarse con los humanos y que podían tomar todas las formas imaginables. Su vigilia era similar a un sueño, y cita a Pascal al advertir que los sueños repetidos pueden hacernos tan felices como la realidad]

Pero el hombre mismo tiene una invencible tendencia a dejarse engañar y está como mágicamente transformado por la felicidad cuando el rapsoda le narra cuentos épicos como si fuesen verdaderos o cuando en una representación teatral el actor interpreta al rey más regiamente de lo que la realidad lo muestra. El intelecto, ese

maestro de la ficción, está libre y sin la carga de su ordinario servicio de esclavo tanto tiempo cuanto puede engañar sin causar daño y, entonces, celebra sus Saturnales; nunca es tan exuberante, tan rico, tan orgulloso, tan ágil y tan temerario. Con gozo creador arroja las metáforas sin orden ni concierto y cambia de sitio los mojones fronterizos de la abstracción de tal manera que, por ejemplo, designa a la corriente como el camino móvil que lleva al hombre allí donde éste habitualmente llega andando. En esos momentos ha arrojado de sí el signo de la servidumbre: mientras que de ordinario se esforzaba con la melancólica ocupación de mostrarle el camino y las herramientas a un pobre individuo que suspira por la existencia y como un siervo se lanzaba a conseguir para su señor presa y botín; ahora se ha convertido en señor y le es lícito borrar de su semblante la expresión de indigencia. También ahora, lo que haga, todo conllevará, en comparación con sus acciones más primitivas, la ficción, como éstas conllevaban la distorsión. Copia la vida del hombre, pero la toma por " una cosa buena y parece darse por muy satisfecho con ella. Aquel gigantesco entramado y andamiaje de los conceptos, aferrándose al cual el hombre indigente se salva de por vida, es, para el intelecto liberado, solamente un armazón y un juguete para sus más temerarias obras de arte: y cuando lo destruye, lo arroja sin orden ni concierto, o con ironía lo vuelve a componer, uniendo lo más diverso y separando lo más afín, entonces revela que no necesita de aquellos auxilios de la indigencia y que ahora no se guía por conceptos sino por intuiciones. Ningún camino regular conduce de estas intuiciones al país de los esquemas fantasmales, de las abstracciones: para aquéllas no está hecha la metáfora, el hombre enmudece al verlas o habla solamente en metáforas prohibidas y en inauditas concatenaciones conceptuales con el fin de corresponder creativamente a la impresión de la poderosa intuición presente, al menos, destruyendo y burlándose de las antiguas barreras conceptuales.

Hay épocas en las que están juntos el hombre racional y el hombre intuitivo, el uno angustiado ante la intuición, el otro mofándose de la abstracción; este último es tan irracional, pues, como poco artístico el primero. Ambos desean dominar la vida: éste sabiendo afrontar las necesidades más esenciales mediante previsión, prudencia y regularidad, aquél sin ver, como un "héroe superalegre", esas necesidades y tomando como real solamente la vida fingida en apariencia y en belleza. Allí donde el hombre intuitivo, como, por ejemplo, en la Grecia más antigua, maneja sus armas de modo más potente y victorioso que su contrario, en circunstancias favorables puede formarse una

cultura y fundarse el señorío del arte sobre la vida; esa ficción esa negación de la indigencia, ese brillo de las intuiciones metafóricas y, en general, esa inmediatez del engaño acompaña a todas las manifestaciones de una vida así. Ni la casa, ni el paso, ni la indumentaria, ni el cántaro de barro revelan que la necesidad los inventó; parece como si en todos ellos debiera de expresarse una dicha sublime y una serenidad olímpica y, por así decirlo, un jugar con la seriedad. Mientras que el hombre guiado por conceptos y abstracciones únicamente con esta ayuda previene la desgracia, sin ni siquiera obtener felicidad de las abstracciones, aspirando a estar lo más libre posible de dolores, el hombre intuitivo, manteniéndose en medio de una cultura, cosecha a partir ya de sus intuiciones, además de la prevención contra el mal, una claridad, una jovialidad y una redención que afluyen constantemente. Es cierto que, cuando sufre, su sufrimiento es más intenso; y hasta sufre con mayor frecuencia porque no sabe aprender de la experiencia y una y otra vez tropieza en la misma piedra en la que ya tropezó. Además, en el sufrimiento es tan irracional como en la dicha, grita como un condenado y no encuentra ningún consuelo. ¡De qué forma tan diferente se mantiene el hombre estoico en idéntica adversidad, enseñado por la experiencia y dominándose a sí mismo mediante conceptos! Él, que de ordinario tan sólo busca sinceridad, verdad, librarse de engaños y protección ante sorpresas que cautivan, ahora, en la desgracia, lleva a cabo la obra maestra de la ficción, como aquél en la dicha; no presenta un rostro humano que se contrae y se altera sino, por así decirlo, una máscara con digna simetría en los rasgos no grita, ni siquiera altera su voz. Cuando un genuino nubarrón de tormenta descarga sobre él, entonces se envuelve en su manto y se va bajo la tempestad a paso lento.

[El saber racional, filosófico, la convicción de que en la naturaleza humana residen universales morales, epistemológicos, estéticos, etc. es un invento que tiene una fecha de nacimiento: la Grecia del siglo V a.C. Antes de ello, la tragedia muestra que la experiencia del mundo puede tomar otras formas, ligadas a las emociones, las pasiones, la experiencia estética individual y la ficción. Esa ficción, y no la del lenguaje, es la que Nietzsche reivindicará como un auténtico ideal a perseguir (“vivir en la ficción como un ideal”, dirá). El artista es quien más cerca está de ella. El artista es el hombre intuitivo. En estos párrafos finales, Nietzsche lo contrapone al otro, al hombre racional o estoico (también le llama el hombre despierto, porque cree conocer exactamente la distinción entre la realidad y el sueño, entre la verdad y la ficción), que, incapaz de soportar sus propias experiencias, incapaz de vivir de acuerdo con sus instintos y emociones, renuncia a ellos en favor de la

frialdad y la seguridad de los conceptos, se pone una “máscara” y ni sufre ni grita. El hombre racional es el hombre del rebaño, somos cada uno de nosotros en tanto creyentes en la moralidad y en los valores religiosos. El hombre racional no sabe desprenderse de sus creencias y asumir el dolor y la vida, si es necesario. El hombre racional no sabe afirmar su voluntad de vivir, ni soportar el dolor que le causa su incomprensión social y la vida fuera de los límites de la moral. El hombre intuitivo, por su parte, será capaz de vivir de acuerdo con sus propios valores, consciente de la relatividad de éstos, y capaz de cambiarlos a cada instante. Este hombre es el antecesor del hombre libre, del superhombre de las épocas posteriores del pensamiento de Nietzsche. Es el que augura una nueva era, y ése capaz de transmutar todos los valores y poner fin a la mentira de los conceptos inventados, para alcanzar la libertad sin conciencia, comparable a la inocencia de un niño].

BIBLIOGRAFÍA

Frederick Copleston, *Historia de la Filosofía, Vol. VIII*, Ed. Ariel, 1984.

Ana M^a Andaluz, *“Historia de la filosofía a través de los textos”*, Ed. Edelvives 1985

Francés Llorens i Cerdà, *Comentarios a “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral”*, Ed. Dialogo